



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 8 DE ENERO DE 2017

Olga de León / Carlos Alejandro

La magia de los cuentos

Ensueño de Navidad

Olga de León

Este es un cuento que viví, soñé o alguien más me lo contó. Aclaro tal, en apego a los derechos de autor, así sean de la señora Ficción.

Era un día lluvioso y frío. El tránsito en las calles estaba pesado; la gente hacía compras de último momento en los súper mercados, almacenes de ropa y de regalos. Cualquiera visitante que no hubiese estado durante estas fechas en la ciudad, quizás se extrañaría de las premuras y largas filas para pagar en las cajas, algunos con el carrito medio o totalmente lleno, según si habían acudido por todo para la cena de la Noche Buena y para Navidad, o por lo que les faltó comprar antes.

En la calle, frente aquel súper, al que solía acudir mi madre no solo por las compras para la cena de la Noche Buena sino cada semana, estaba bajo el puente elevado que cruza una de las avenidas de mayor flujo de autos y peatones, una familia que parecía haber decidido pasar todo el día y la noche, allí. Se las arreglaron para montar una especie de carpa con cartón, trapos y algunos maderos.

Tenían afuera una pequeña fogata con la que mitigaban el frío intenso, también les servía para mantener caliente lo que fuera que contenía el perol negro encima de la improvisada parrilla con fierros viejos y varillas que habían recogido de las calles.

Lo extraño es que pasaban desapercibidos, a pesar de cuanto cosa he descrito que tenían y de ser cinco los miembros de la familia: una mujer y un hombre jóvenes y tres niños; además de un par de perros pequeños y una jaula con una paloma.

En cuanto vi a un hombre de los que dirigen el tránsito en casos especiales, como era el de este día en ese sector, afectado además por algunas desviaciones a causa justamente de mejorar la vialidad, busqué dónde estacionarme. Bajé del auto y fui hasta donde se encontraba el servidor público, a no más de cinco o seis metros del techo del puente elevado, donde se hallaba la familia que recién había visto.

-Dígame señorita... Respondió cuando lo llamé: "-Señor oficial", sabe usted, si los adultos y niños que están bajo el puente, tienen ya días allí o acaban de colocarse con sus humildes posesiones; le dije, señalando hacia ellos con el brazo extendido.

-¿Cuáles?; -me contestó.

-Acaso no los ve; mire usted, hasta tienen una improvisada tienda de acampar con cartón y trapos... y la fogata... y a los niños jugando alrededor con las perritas, ¿tampoco los ve? Sé que son hembras porque antes de venir con usted me acerqué a los niños y les pregunté cómo se llamaban ellos y cómo sus perros, a lo que de inmediato, me dijeron sonriendo: "no son perros, son perritas: esta, de pelo chino y plateado es Nube, aquella, la más chiquita y dorada es Viento, porque corre como él".



-Disculpe, no veo a nadie ni nada hacia donde usted me señala; permítame continuar con mi trabajo, señorita. Mire cómo está de atorado el tránsito. Entre molesta y desconcertada, añadió: -¿Cómo puede decirme que no los ve!

El cielo seguía gris y cada vez más húmedo el ambiente, lo que incrementaba el frío ya de por sí bastante sensible a la piel, especialmente en manos y rostro. A lo lejos, las montañas lucían sus cúspides blancas por la nieve que había caído desde hacía tres días. Recién había dejado de nevar, pero los techos de algunas casas todavía permanecían cubiertos de hielo y el pavimento, resbaladizo.

No habiendo hallado el apoyo que ni siquiera alcancé a pedirle al oficial de tránsito, me regresé bajo el puente después de ir a mi cochecito y extraer de la cajuela un par de cobijas, no nuevas, pero sí en buen estado, y alguna ropa para adultos. Como no tenía nietos y mis hijos ya eran mayores, nada llevaba para los niños, salvo las cobijas: recomendación de una amiga que nos envió por correo este mensaje: "...echen en la cajuela de su auto, ropa y cobijas que puedan regalar a algunas personas necesitadas, tantas que vemos en la calle y casi siempre las ignoramos", o realmente no las vemos porque nos forjamos la idea de que no están allí; si no los veo, no existen. Tal como pensé había hecho el

oficial de tránsito.

Con esas ideas en mente, mucho frío en el cuerpo y más en el alma, me acerqué y... ¡Oh!, sorpresa: nada ni nadie estaba ya en ese lugar.

Más sorprendida por lo que mis ojos no veían, que por lo que sí veían, giré cabeza y cuerpo en todas direcciones: nada. Era como si nunca hubiesen estado allí: ni fogata, ni paloma ni jaula, ni perritos, menos casa de cartón y trapos; tampoco niños ni... El lugar estaba como todos los días anteriores, visitado solo por los transeúntes y los vendedores de chicles, de limpia brisas, dulces y alguna que otra curiosidad artesanal.

A ellos les dejé lo que llevaba en mis brazos y manos, y me disculpé por no traer más. Lo tomaron, se repartieron y volvieron a su rutina, no sin antes agradecerme en más de una ocasión y ofrecerme sus vendimias. Un apenas: "hoy, no puedo", salió de mis labios.

Más triste que desilusionada, pues por lo menos a algunos de los que a diario veía por esos rumbos, pude regalarles algo útil, me alejé hacia el estacionamiento donde estaba mi coche. Y por esa costumbre que tengo de que cuando se me carga la tristeza no veo hacia abajo sino arriba: levanté el rostro y miré hacia el firmamento, que ya lucía medio oscuro; y fue en esa caverna superior, entre oscura y brillante, que una ful-

gurante luz captó mi atención. ¿Será la estrella que en Belén guió el rumbo de los Reyes Magos? Bromeé, en silencio, solo para mí.

En ese instante, antes de subir al carro, vi cruzar casi rozando los techos de las casas, algo parecido a un trineo, y en él distinguí a uno de los niños que estaban bajo el puente. Era el más pequeño, quien sonriente movía sus manitas señalando algo bajo el puente. Entonces, volví sobre mis pasos al lugar, y observé que el fuego seguía encendido y algunos niños se calentaban alrededor de él.

Jamás busqué explicación a la visión que tuve un duro año; pero la llevo en el corazón y la memoria, como un sortilegio de Navidad.

Extraña Navidad

Carlos Alejandro

Parecían renos brillantes volando bajo un cielo verde, iluminado por montañas de luces coloridas que arribaban por el Norte. Tal era la imagen alegre que la máquina imprimía, ampliada, sobre un papel colorado y ante la mirada atónita de quienes la observaban. La noche estaba lluviosa y parecía memorable. Algunos niños jugaban sobre el césped, frente a la calle. Nadie había imaginado que aquella noche sería diferente.

Nunca solía nevar en la ciudad. Hacía más de cien años que se había registrado una helada en un pueblo más o menos lejano, pero no ahí, a donde solo los trineos calientes llegaban en Navidad. Los dulces que solían comerse en diciembre eran raspados de hielo, y los pinos amarillos en las casas más bien recordaban el calor del sol en verano.

Los niños y sus perros solían bañarse bajo cualquier agua de lluvia que cayera; los calentadores eran aparatos eléctricos desconocidos para los habitantes. En el cielo, las estrellas tiritaban sudando, no de frío. Los calcetones con caramelos colgados en las paredes eran idea que solo se conocía por fotografías; los calcetones nadie los usaba. Pero aquel diciembre iba a ser diferente.

El cielo estrellado se había iluminado de verde, como pino de navidad en una ciudad normal. Las pocas cámaras fotográficas eran compartidas por los habitantes, para que cada uno tuviese oportunidad de capturar la imagen de su familia bajo la extraña luna blanca y el cielo verde oscuro.

De pronto, las narices de los perros se encendieron coloradas, y los animalitos, en lugar de caminar, flotaron en el aire: les bastaba estirar una pata para volar de un lado a otro. Era tal el encanto, que hasta las flores de girasol cambiaron su color amarillo por uno blanco. Así, la temperatura comenzó a descender y las hojas de los árboles enmudecieron quedándose quietas.

Blanca se volvió la noche. Cayó escarcha, como crema que cura la piel agrietada por el frío, inesperada y blanca como las barbas de Santa Claus que en esos momentos descendía del cielo en un trineo jalado por los perros más plateados de la ciudad.



Ricardo Piglia, escritor de rigor intelectual en sus obras

Considerado un autor cuya obra logra un equilibrio entre el rigor intelectual, la experimentación y facilidad de lectura, el escritor, ensayista y crítico literario Ricardo Piglia nació el 24 de noviembre de 1941 en Adrogué, provincia de Buenos Aires.

El literato era reconocido por libros como "Los diarios de Emilio Renzi", de los que había publicado dos volúmenes, en 2015 y 2016, y está previsto un tercero en 2017, así como por "Jaulario" (1967) y "Respiración artificial" (1980), título que le otorgó el reconocimiento internacional.

Estudió Historia en la Universidad Nacional de La Plata. Trabajó en diversas editoriales de Buenos Aires y ejerció como docente en instituciones de Estados Unidos como Princeton y Harvard.

De acuerdo con el portal "www.escriitores.org", Piglia dirigió la revista "Literatura y Sociedad", lo mismo que participó como guionista en películas como "El astillero" (1999), "La sonámbula, recuerdos del futuro" (1998) y "Comodines" (1997).

Fue co-guionista de la cinta "Corazón iluminado" (1996), del director Héctor Babenco. Su creación literaria "Plata quemada" (1997) fue llevada al cine en 2000 por Marcelo Piñeyro.

En su quehacer narrativo, "Respiración artificial" es considerada una obra representativa de la nueva literatura argentina. Sus textos han sido traducidos a diferentes idiomas.

A lo largo de su trayectoria recibió diversos reconocimientos, entre los que destacan el Premio Planeta Argentina 1997 por "Plata quemada", o el Premio Iberoamericano de Letras "José Donoso" 2005, de Chile.

Así como el Premio de la Crítica 2010 en España por su obra "Blanco nocturno"; el Premio Rómulo Gallegos 2011 de Venezuela; el Premio Iberoamericano de Narrativa "Manuel Rojas" 2013 y el Premio Formentor 2015.

Entre sus piezas se encuentran relatos, novelas y antologías con títulos como "Nombre falso" (1975), "La ciudad ausente" (1992), "La Argentina en pedazos" (1993), "El último lector" (2006), "Teoría del complot" (2007) y "El camino de Ida" (2013).

Ricardo Piglia murió de un paro cardíaco el 6 de enero de 2017 en su país natal, después de luchar mucho tiempo contra la Esclerosis Lateral Amiotrófica.

ad pēdem literae

Nunca he encontrado una persona tan ignorante de la que no pueda aprender algo.

Galileo Galilei

Letras de buen humor

Un amigo es uno que lo sabe todo de ti y a pesar de ello te quiere.

Elbert Hubbard

Oscar G. Baqueiro

Centenarios

Lo que da título a esta colaboración no son las clásicas monedas de 100 pesos oro que México expidió, con Porfirio Díaz en 1910, cuando los grandes festejos de los primeros cien años de nuestra independencia nacional y que por cierto su valor a la fecha se ha multiplicado 310 veces. Nos vamos a referir a que en este nuevo año de 2017 se conmemorarán grandes gestas históricas centenarias.

La más próxima en el espacio y tiempo de esas gestas es el I centenario de la promulgación de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, acaecida en la ciudad de Querétaro el día 5 de febrero de 1917, con Venustiano Carranza, Primer Jefe de los llamados constitucionalistas. La precedieron las

dos primeras que tuvimos como nación autónoma.

Cuando un pueblo se organiza, siente que debe expresar documentalmente quién es, cuáles son sus características, ideales y propósitos para él mismo y sus descendientes, pero de la misma manera para los foráneos que quieren entrar en relación con él. En ese orden, en 1824, después de unos efímeros regencia y primer imperio, nuestra república promulga su primera carta magna.

El presidente es Guadalupe Victoria (nombre de batalla, no real) promulga el primer documento de este tipo desde la capital federal. Toda constitución está abierta a enmiendas posteriores respondiendo al devenir natural de la vida públi-

ca o a ser sustituida por una nueva. La vigencia de esta primer duró sólo 33 años antes de ser reemplazada por la segunda en 1857.

La segunda sucede desde la Cd. de México, es la etapa juarista y ya es de corte liberal. Se opone a los conservadores, que la desconocen y originan una guerra interna que dura 3 años y que pierden los adictos al clero romanista, aunque son la mayoría indudable de los mexicanos. En 1860 ya está la amenaza de la intervención francesa, lo cual detiene la plena aplicación constitucional.

Después llega el II imperio que dura 3 años, con Maximiliano de Habsburgo como emperador y quien adopta mucho

de lo legislado en 1857, pero todavía no hay aplicación del documento liberal pues mucho de nuestra geografía está ocupada por los intervencionistas. Es entonces hasta la 2ª. mitad de 1867 que la república es restaurada que, al fin, se aplicará el documento liberal en forma plena.

A medio siglo de distancia, es promulgada la actual y vigente constitución, que pese a su muy buen contenido, los connacionales no la estimamos y respetamos en su contenido total. Esto incluye a la clase política y a los ciudadanos en su totalidad. De todas formas no se debe arriar este símbolo de nuestra nacionalidad sino al contrario trabajar de modo constante en su aplicación total como un ideal.